

ARLIE R. HOCHSCHILD

EXTRAÑOS

★★★★ *en su propia* ★★★★★

TIERRA

★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★★



Capitán Swing®

Réquiem por la **DERECHA**
ESTADOUNIDENSE

ARLIE R. HOCHSCHILD

EXTRAÑOS
**** *en su propia* ****
TIERRA

Réquiem por la **DERECHA**
ESTADOUNIDENSE

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

Capitán Swing 

PREFACIO

Cuando comencé esta investigación, hace cinco años, me estaba empezando a preocupar la división, cada vez más hostil, que se estaba produciendo en nuestro país entre dos bandos políticos. Para mucha gente de izquierdas el Partido Republicano y Fox News parecían empeñados en dismantelar gran parte del Gobierno federal, recortar las ayudas a los más necesitados y aumentar el poder y el dinero de los que ya eran poderosos y ricos: el 1 % que está en lo más alto. Para muchas personas de derechas el propio Gobierno era una élite dedicada a amasar poder, a inventar causas que les permitieran aumentar su control y a repartir limosnas a cambio de votos demócratas leales. En ese momento fue cuando ambos partidos rebasaron sus límites tradicionales y Donald Trump irrumpió en escena, acelerando el pulso de la vida política estadounidense. Yo entendía, hasta cierto punto, al sector liberal de izquierdas, pero ¿qué estaba pasando en la derecha?

La mayor parte de la gente que se hace esta pregunta llega a ella desde una perspectiva política. Y aunque yo también tengo mis opiniones, como socióloga me mueve un enorme interés por cómo percibe la vida la gente de la derecha, es decir, por las emociones que subyacen a la política. Para entender estas emociones tuve que ponerme en su lugar. Y en ese intento descubrí su historia profunda, una historia que narran según sus sentimientos.

El tema de la política era toda una novedad para mí, no así mi enfoque, siempre en primer plano. En un libro anterior, *The Second Shift*, me centré en la sempiterna cuestión de cómo los padres reservan tiempo y energía para la vida doméstica cuando ambos trabajan fuera de casa y me encontré, de repente, sentada en el suelo de la cocina de más de una familia trabajadora observando a cuál de sus progenitores llamaba el niño, si quien respondía al teléfono era el padre o la madre o la relativa gratitud que cada miembro de la pareja dispensaba al otro.

En mi búsqueda de un lugar de trabajo que fuese compatible con la familia me vi recorriendo aparcamientos de polígonos industriales y sedes de empresas, observando la hora a la que los empleados, agotados, se marchaban a casa (*The Time Bind*) y sondeando las fantasías de los trabajadores, qué harían si tuvieran tiempo: irían de vacaciones, se apuntarían a clases de guitarra... Entrevisté a varias niñeras filipinas (*Global Woman*) y, en un pueblecito de Gujarat (India), entrevisté a madres de alquiler que gestan bebés para clientes occidentales (*The Outsourced Self*). Esta tarea me llevó a creer firmemente en la necesidad de una baja paternal pagada para padres tanto de hijos recién nacidos como recién adoptados: una política que tienen, por cierto, todas las naciones industriales del mundo salvo Estados Unidos. Ahora que la mayor parte de los niños estadounidenses viven en hogares donde todos los adultos trabajan, me pareció que la idea de la baja remunerada sería muy bienvenida y humana y estaba tardando en llegar. Pero este ideal se ha dado de bruces con una nueva realidad, una puerta que se cierra de

golpe: muchos de los votantes de derechas se oponen a la idea de que el Gobierno ayude a las familias trabajadoras. De hecho, aparte del Ejército, no ven necesaria la presencia del Gobierno. Y otros ideales, como aumentar la protección medioambiental, frenar el calentamiento global o evitar que haya personas sin techo, se han quedado al umbral de la puerta, cerrada a cal y canto. Me he dado cuenta de que, si queremos que el Gobierno nos ayude a conseguir estos objetivos, tendremos que entender a quienes consideran que el Gobierno es un problema más que una solución. Así fue como comencé mi viaje al corazón de la derecha estadounidense.

Ya a finales de los años sesenta, al notar que se estaba produciendo una brecha en la cultura estadounidense, mi marido, Adam, y yo nos fuimos a vivir un mes a Santa Ana (California), a unos apartamentos llamados Kings Kauai Garden, que tenían un patio decorado como si fuese la selva, con sonidos de pájaros y otros animales de la jungla. Nuestro propósito era conocer a los miembros de la John Birch Society, sociedad de derechas precursora temprana del Tea Party. Asistimos a algunas reuniones del grupo y hablamos con cuanta gente nos fue posible. Muchas de las personas que conocimos se habían criado en ciudades pequeñas del Medio Oeste y se sentían profundamente desorientadas en las zonas residenciales, anómicas, de California. Luego ese malestar se transformó en la creencia de que la sociedad estadounidense corría el riesgo de ser fagocitada por los comunistas. Al observar nuestro entorno, se entendía perfectamente por qué se sentían fagocitados: en apenas unos años naranjales enteros se habían

convertido en aparcamientos o en centros comerciales, un caso claro de expansión urbanística salvaje y sin planificación. Nosotros también nos sentíamos fagocitados, pero no era por el comunismo.

Durante la mayor parte de mi vida he sido partidaria del sector progresista, pero hace relativamente poco comencé a sentir la necesidad de entender a la derecha. ¿Cómo han llegado a pensar así? ¿Podemos hacer causa común en algunas cuestiones? Estas dudas me llevaron a coger el coche un día y recorrer el cinturón industrial de Lake Charles (Luisiana) junto a Sharon Galicia: una madre soltera blanca, menuda y cálida, una belleza rubia que iba por las empresas vendiendo seguros médicos. Impertérrita ante el zumbido ensordecedor de una sierra que cortaba enormes láminas metálicas, se puso a hablar a los operarios de una planta, que se levantaron las máscaras protectoras y se cruzaron de brazos para escucharla. Sharon hablaba deprisa y resultaba convincente: «¿Y si tenéis un accidente? ¿Y si no podéis pagar las facturas o no podéis esperar un mes para que vuestro seguro entre en vigor? Nosotros os aseguramos en veinticuatro horas». Mientras iban a buscar un bolígrafo para firmar, Sharon les hablaba de cazar ciervos, de cuánta carne de caimán ha de llevar el *boudin* (un tipo de salchicha que gusta mucho en Luisiana) y del último partido de los LSU Tigers.

Mientras recorríamos el cinturón industrial, me iba contando su historia. Su padre, un hombre taciturno que trabajaba en una fábrica, se había divorciado de la atribulada madre de Sharon y se había vuelto a casar. Se fue a vivir a un remolque a treinta minutos en coche de su

casa, sin decírselo ni a ella ni a su hermano. Me despedí de Sharon con varias preguntas bulléndome en la cabeza: ¿qué le había sucedido a su padre?, ¿cómo le había afectado a ella, siendo pequeña, el desenlace de aquel matrimonio?, ¿y como mujer casada y, después, como madre soltera?, ¿cómo era la vida de aquellos hombres con los que trataba?, ¿por qué una mujer como ella, brillante, considerada y llena de determinación —que podía haber disfrutado de una baja parental remunerada— era miembro entusiasta del Tea Party, para quien esa idea era inconcebible?

Naturalmente, di las gracias a Sharon enseguida por haberme permitido acompañarla en su ronda y al cabo de un rato volví a dárselas mentalmente por aquel regalo que me había hecho en forma de confianza y colaboración. Y al cabo de un tiempo se me ocurrió que ese tipo de conexión que ella me ofrecía era mucho más valiosa de lo que yo había llegado a imaginar en un principio. Aquello empezó a poner los andamios de un puente de empatía. Nosotras, una a cada lado del puente, imaginábamos que la empatía con el otro lado es el punto final a cualquier análisis realizado con la cabeza fría. Pero estábamos equivocadas: es en realidad al otro lado del puente donde puede dar comienzo el análisis más importante.

La lengua inglesa no pone a nuestro alcance muchas palabras que describan esa sensación de llegar a conectar con alguien de un mundo distinto al propio y darse cuenta de que ese interés es bien recibido por el otro. Se crea algo mutuo, especial. Y eso es un regalo. Gratitud, admiración, agradecimiento; para mí, todas estas palabras valen: no sé

cuál emplear. Pero creo que necesitamos un término específico, con un lugar de honor. Algo que restituya la tecla que falta en el piano cultural del mundo angloparlante. Nuestra polarización, pero también la realidad —cada vez más patente— de que la gente no se conoce, es el camino hacia la antipatía y el desprecio.

La primera vez que experimenté la sensación de conectar con alguien y que esa conexión fuese mutua fue cuando todavía era una niña: mi padre era funcionario de Asuntos Exteriores y, según lo asumía mi mente infantil, se me había encomendado una misión personal que consistía en hacerme amiga de la gente de todos los países a los que nos llevaba su trabajo: mi misión era paralela a la de mi padre. Imaginaba que alguien me había encomendado que conectara con aquellas personas que hablaban, vestían, caminaban o rezaban de un modo diferente, que tenían un aspecto distinto al nuestro. ¿Me había dicho mi padre que lo hiciera? No lo creo. Entonces, ¿por qué lo hacía? No tengo ni idea: el entendimiento llegó después. Curiosamente, en aquel momento sentí la misma gratitud por la conexión que se produjo que, muchos años después, cuando recorrí las fábricas con Sharon y hablé con tantas personas a las que fui conociendo mientras investigaba para escribir este libro. Volví a tener la sensación de estar en un país desconocido. Pero en esa ocasión era el mío.

PRIMERA PARTE

La gran paradoja

Un viaje al corazón

La camioneta roja de Mike avanza despacio por el camino de tierra entre las hileras de caña de azúcar de tallo alto, alegres flecos de seda que ondean bajo el sol de octubre. Se extienden por la llanura aluvial todo lo que alcanzan mis ojos. Estamos en los terrenos de la plantación Armelise, como se llamaba en tiempos. A unos cuantos kilómetros al oeste el poderoso Misisipi empuja hacia el sur los sedimentos y desperdicios del Medio Oeste: pasa por Nueva Orleans y llega hasta el golfo de México.

—Caminábamos por aquí descalzos, por entre las hileras de caña —me cuenta Mike.

Es un hombre alto, blanco, de aspecto bondadoso. Tiene sesenta y cuatro años. Se quita las gafas de sol para inspeccionar una zona del cañaveral y se detiene. Saca el brazo estirado por la ventanilla de la camioneta y señala a la izquierda, a lo lejos.

—Por allí debe ser donde vivía mi abuela. —Y desplazando el brazo hacia la derecha, añade—: Y mi tío abuelo Tain tendría el taller de carpintería por allí.

No muy lejos vivía otro tío abuelo suyo, Henry, un mecánico al que apodaron Pook, que significa «montón de heno». Otro hombre, al que llamaban Piragua, regentaba la herrería donde iban Mike y un amigo a buscar esquiras de metal que brillasen, según sus ojos infantiles, «como el oro». Su abuelo Bill supervisaba los cañaverales. La casa de la señorita Ernestine, continúa Mike, estaba al lado de... «eso de ahí». Ernestine era una mujer negra y esbelta con un pañuelo blanco en la cabeza, rememora Mike.

—Le gustaba preparar sopa de quingombó con mapache y zarigüeya, y nosotros le llevábamos los que tuviéramos de la caza del día y alguna amia calva que hubiéramos pescado. La recuerdo gritando por la ventana cuando su marido no conseguía arrancar el coche: «¡A ese coche le duele algo!».

Luego Mike señala lo que fue el camino embarrado que llevaba a la casa donde vivió de niño.

—Era una de esas casas típicas sureñas con estructura de pasillo, pero nos dio cobijo a nueve, y bastante bien.

La casa era un barracón para alojar a los esclavos de la plantación Armelise, renovado después. El padre de Mike era fontanero. Trabajaba en las casas de la plantación y en los alrededores. Al mirar por la ventanilla de la camioneta, Mike y yo no vemos lo mismo: él ve un mundo industrial que amó y que ya no existe. Yo veo un campo verde.

Subimos una cuesta, bajamos otra y vamos caminando hasta la hilera de caña más cercana. Mike corta un tallo, recorta los dos extremos y lo parte en dos. Mascamos la fibra de la caña de azúcar y disfrutamos de su sabor dulce. Al volver a la camioneta, Mike continúa rememorando: el

diminuto asentamiento de Banderville, ya desaparecido; a finales de los años setenta estaba desmantelado por completo. Unas tres cuartas partes de su población eran negras, una cuarta, blanca, pero recuerda que todos vivían en paz y armonía aunque no fueran iguales. La infancia de Mike transcurrió en la era del azúcar, el algodón y los arados tirados por mulas; su madurez, en la era del petróleo. De joven había trabajado en verano para ahorrar para la universidad: llevaba planchas de madera por un pantano infestado de mosquitos para construir las plataformas petrolíferas. Ya de adulto, comenzó su trabajo propiamente dicho (al principio, en un programa de prácticas) y en su día a día había tenido que calcular el tamaño, la resistencia y el coste de los materiales necesarios para construir aquellas enormes plataformas donde se asentarían las torres petroleras del golfo y para construir los tanques gigantes, blancos y esféricos, donde se almacenaban cantidades ingentes de productos químicos y petróleo.

—Cuando yo era niño, si te parabas en la orilla de la carretera con el pulgar levantado, siempre te recogía alguien. Si eras tú el que conducía, recogías a cualquiera. Si alguien tenía hambre, se le daba de comer. Existía la comunidad. ¿Y sabes quién ha terminado con todo eso? — Hace una pausa—. El Gobierno de la nación.

Volvemos a montarnos en su camioneta roja, tomamos un trago de agua (ha traído botellas de plástico para los dos) y continuamos avanzando entre las cañas de azúcar mientras nuestra conversación deriva hacia la política.

—La mayor parte de los que viven aquí son cajunes, católicos y conservadores —explica; luego añade con entusiasmo—: Yo estoy con el Tea Party.

La primera vez que vi a Mike Schaff fue unos meses antes, al micrófono de una manifestación medioambiental en la escalinata del capitolio del estado de Luisiana, en Baton Rouge. La voz se le quebraba de la emoción. Había sido víctima de uno de los desastres medioambientales más extraños y devastadores que se habían producido en el país, que le había privado, literalmente, de su casa y de su comunidad; como un desagüe, se había tragado árboles de varias decenas de metros de altura convirtiendo de la noche a la mañana cuarenta acres de terreno en una ciénaga, como contaré más adelante. Y aquello me hizo cuestionarme algo muy en serio: el desastre lo había provocado una empresa de perforaciones sometida a una legislación muy poco rigurosa, pero Mike, como partidario del Tea Party, había acogido con alegría cualquier medida de desregulación que impidiera los controles gubernamentales. Y el Gobierno había impuesto recortes drásticos del gasto, incluso en materia de protección medioambiental. ¿Cómo podía entonces estar allí, al borde del llanto, recordando la casa que había perdido mientras reclamaba un mundo despojado de todo control salvo en el ámbito de lo militar y la asistencia en caso de huracán? Yo no entendía nada. Sentí que había un muro entre nosotros.

Muros de empatía

Puede decirse que he venido a Luisiana llevada por cierto interés en los muros. Y no me refiero a los físicos, visibles,

como los que separan a los católicos de los protestantes en Belfast, a los estadounidenses de los mexicanos en la frontera de Texas o, en otro tiempo, a los residentes de Berlín Oriental y Berlín Occidental. Lo que me interesa son los muros de la empatía. Un muro de empatía es un obstáculo que impide comprender a otra persona, una barrera que nos hace sentir indiferencia, incluso hostilidad, hacia quienes profesan creencias diferentes a las nuestras o han vivido su infancia en circunstancias distintas. En los periodos de turbulencia política tendemos a aferrarnos a las certezas inmediatas. Metemos con calzador toda la información que vamos recibiendo en una ideología que tenemos ya configurada. Nos damos por satisfechos con conocer a los que tenemos enfrente solo de forma superficial. Pero es posible conocer a los otros desde dentro sin modificar nuestras convicciones, ver la realidad a través de sus ojos, entender las conexiones que existen entre vida, sentimientos y política. ¿No equivale eso a atravesar el muro de la empatía?[1] Yo pensaba que sí.

Pedí a Mike Schaff que me mostrara el lugar donde se había criado porque quería entender, si era posible, su forma de ver el mundo. Me presenté diciéndole: «Yo soy de Berkeley (California). Soy socióloga y estoy intentando entender la profunda división que existe en nuestro país. Para ello he tratado de salir de mi burbuja política y conocer a gente como usted». Mike asintió cuando mencioné la división y apostilló: «¿De Berkeley? ¡Allí deben de ser todos comunistas!». E hizo una mueca que parecía significar: «Nosotros, los cajunes, tenemos sentido del humor. Espero que vosotros también lo tengáis».

No me lo estaba poniendo difícil. Aquel hombre alto, de constitución fuerte, con sus gafas de montura de color canela, hablaba de manera sucinta y en voz baja, casi un murmullo. Tendía a la reflexión sincera, en ocasiones autocrítica, y al estilo declarativo e incondicional con que la gente escribe en Facebook. Hablando de su pasado, me dijo:

—Mi madre era cajún y mi padre, alemán. Los cajunes decimos que tenemos el culo negro. Como yo era mitad cajún y mitad alemán, mi madre me llamaba «medioculo». —Nos reímos los dos—. No sabíamos que éramos pobres.

Ese estribillo lo oiría entonar con frecuencia a los miembros de la extrema derecha a los que quise conocer, cuando se referían a la infancia de sus padres. El padre había criado a siete hijos con un sueldo de fontanero. Mike tenía el ojo de un ingeniero, el amor por la caza y la pesca de un deportista y el oído de un naturalista para el canto de una rana arborícola. Yo no conocía a ningún miembro del Tea Party, no tanto como para hablar con ellos, desde luego; y él no conocía a mucha gente como yo.

—Yo soy provida, y estoy a favor de las armas y de la libertad de vivir nuestra vida como nos parezca siempre que no hagamos daño a los demás. Y soy, definitivamente, antisistema —me dijo Mike—. Nuestro Gobierno es demasiado estructurado, demasiado ambicioso, demasiado incompetente. Está demasiado ramificado y ya no conecta con nosotros. Tenemos que volver a las comunidades locales, como la que teníamos en Armelise. Creo sinceramente que así estaríamos mejor.

No solo se ha ampliado más la brecha que existía entre los dos principales partidos políticos del país: el sentimiento político también es más profundo ahora que antes. En 1960 se realizó una encuesta en la que se preguntaba a los adultos estadounidenses si les «molestaría» que un hijo suyo se casara con un miembro del partido político contrario: no más del 5 % respondió afirmativamente. Pero en 2010 dieron una respuesta afirmativa el 33 % de los demócratas y el 40 % de los republicanos.[2] De hecho, el partidismo,[3] como lo llaman algunos, supera ya al racismo como fuente de prejuicios divisores.

Antes, cuando los estadounidenses se iban a vivir a otro sitio, iban buscando un trabajo mejor, una casa más asequible o un clima más benigno. Ahora, sin embargo, lo hacen para estar con otros que sean afines a sus opiniones, según explican Bill Bishop y Robert G. Cushing.[4] Las personas tienden a la segregación, se separan y se juntan atendiendo a diferentes enclaves emocionales: aquí, la ira; allá, la esperanza y la confianza. Un grupo de texanos libertarios compró un terreno en un salar al este de El Paso; lo llamaron Paulville y crearon una especie de reserva para los seguidores de Ron Paul, entusiastas y amantes de la libertad. Cuanto más se confina la gente en un lugar junto a otros con ideología similar, más extremas se vuelven sus opiniones. Según un estudio realizado por el Pew Research Center[5] en 2014 con más de diez mil estadounidenses, las personas que se sienten más comprometidas (desde el punto de vista político) con su partido consideran que «los del otro partido» no solo están

equivocados: están «tan desorientados que son una amenaza para el bienestar de nuestra nación». En comparación con lo que sucedía en el pasado, cada grupo utiliza su propio canal para informarse: la derecha, Fox News y la izquierda, msnbc. Y así se hace más amplia la brecha.

Vivimos en lo que *The New Yorker* ha denominado «la era del Tea Party». Unas 350.000 personas son miembros activos de este movimiento, pero según otra encuesta de Pew el 20 % de los norteamericanos,[6] unos 45 millones de personas, lo apoya. Y la división se manifiesta en una variedad de temas que sorprende: el 90 % de los demócratas cree en la participación del hombre en el cambio climático, según dicen las encuestas, frente al 50 % de los republicanos moderados, el 38 % de los republicanos conservadores y solo el 29 % de los defensores del Tea Party. De hecho, la política es el único factor que, por sí solo, determina en gran medida las opiniones relativas al cambio climático.[7]

La brecha se ha agrandado porque la derecha se ha desplazado hacia la derecha, y no porque la izquierda se haya desplazado hacia la izquierda. Los presidentes Eisenhower, Nixon y Ford, todos republicanos, avalaron la Enmienda de Igualdad de Derechos (era). En 1960 la plataforma gop, republicana, apoyó la libre negociación de convenios colectivos entre patronal y obreros. Los republicanos presumían de haber aumentado el salario mínimo de varios millones de trabajadores y de haber fortalecido el sistema de seguros por desempleo y ampliado sus prestaciones.[8] Bajo el mandato de Dwight Eisenhower

las rentas más altas habían de pagar en impuestos el 91 % de sus ganancias;^[9] en 2015, era solo el 40 %. La organización Planned Parenthood ha recibido graves ataques de los candidatos republicanos que se postulaban a la presidencia en 2016, aunque una de las fundadoras era Peggy Goldwater, esposa de Barry Goldwater, que fuera candidato republicano conservador a la presidencia en 1968. El general Eisenhower promovió una enorme inversión en infraestructuras, algo que ahora casi todos los congresistas republicanos perciben como una acción en la que el Gobierno se ha extralimitado peligrosamente. Ronald Reagan aumentó la deuda nacional y favoreció el control de armas, y ahora la legislación republicana del estado de Texas autoriza a sus ciudadanos a llevar armas cargadas y acceder con ellas a iglesias y bancos. Los conservadores de ayer hoy resultan moderados o incluso liberales.

La extrema derecha pide ahora recortes en amplios sectores del Gobierno federal, en los ministerios de Educación, Energía, Comercio e Interior. En enero de 2015, 58 republicanos votaron para abolir el irs (Servicio de Impuestos Internos).^[10] Algunos candidatos republicanos al Congreso pidieron que se eliminaran todas las escuelas públicas.^[11] En marzo de 2015 el Senado estadounidense, de mayoría republicana, sacó adelante una enmienda a los presupuestos donde se proponía vender o donar todos los terrenos federales de uso no militar y que no fuesen monumentos nacionales o parques naturales, con 51 votos a favor y 49 en contra. La medida afectaba a bosques, reservas de flora y fauna y áreas naturales protegidas.^[12]

En 1970, no hubo ni un solo senador estadounidense que se opusiera a la ley de calidad del aire, la Clean Air Act. Apoyado por 95 congresistas republicanos, el senador David Vitter, de Luisiana (uno de los estados más contaminados de la Unión), ha pedido ahora el cierre de la Agencia de Protección Medioambiental (epa).[13]

El distanciamiento del Gobierno que está protagonizando el Tea Party puede indicar que la tendencia es más marcada. Durante la depresión de los años treinta, los estadounidenses acudieron al Gobierno federal a buscar ayuda para su recuperación económica. En respuesta a la recesión de 2008, sin embargo, una gran mayoría de los habitantes del país no recurrió a él.[14] A medida que se amplía la división política y se endurecen las opiniones, también se pone más en juego. Ni los ciudadanos de a pie ni los líderes hablan mucho con los del otro lado, dañando así el proceso, sorprendentemente delicado, de gobernanza. Claro que el país ha estado dividido antes: durante la Guerra Civil la diferencia de opinión se saldó con unas 750.000 muertes. Durante los tormentosos años sesenta hubo conflictos por la guerra de Vietnam, por los derechos civiles y por los derechos de las mujeres. Pero, a fin de cuentas, una democracia saludable depende de la capacidad colectiva de debatir cualquier tema. Y para llegar a eso hay que saber qué está pasando, sobre todo con esta derecha cada vez más fuerte y que cambia cada vez más deprisa.

La gran paradoja

Inspirándome en el libro de Thomas Frank *What's the Matter with Kansas?* comencé un viaje de cinco años al corazón de la derecha estadounidense. Llevaba conmigo, como si fuera una mochila, una gran paradoja. Cuando se publicó el libro de Frank, en 2004, se abría una grieta entre izquierda y derecha tras la que subyacía una paradoja. A partir de entonces la grieta se ha ido ensanchando, convirtiéndose en una ensenada.

Los llamados estados «rojos», gobernados por los republicanos, son más pobres, registran más madres adolescentes, un índice de divorcio más elevado, peor salud, más obesidad, más muertes traumáticas, más bebés que nacen con bajo peso y más fracaso escolar. Sus habitantes viven de media cinco años menos que los de los estados demócratas o «azules». De hecho, la diferencia de esperanza de vida entre Luisiana (75,7 años) y Connecticut (80,8) es la misma que existe entre Estados Unidos y Nicaragua.^[15] Y los estados republicanos sufren más en otro aspecto poco conocido, que es el relativo al interés de las personas por cuestiones de la salud y la vida: la contaminación industrial.

Luisiana es un ejemplo extremo de esta paradoja. *The Measure of America*, un informe del Consejo de Investigación para las Ciencias Sociales, evalúa a todos los estados de la Unión basándose en el «desarrollo humano» que presentan. Las variables evaluadas son esperanza de vida, éxito escolar e ingresos personales. De los 50 estados, Luisiana quedó en el puesto 49 y el último en nivel general de salud.^[16] Según el National Report Card, el sistema de evaluación de las instituciones de enseñanza

norteamericanas, de 2015 Luisiana ocupaba el puesto 48 de 50 en lectura y el 49 de 50 en matemáticas, ambas de octavo grado. Solo ocho de cada diez habitantes del estado han terminado la enseñanza secundaria y solo el 7 % ha cursado estudios superiores o grados profesionales. Según el *Kids Count Data Book*, realizado por la Annie E. Casey Foundation, Luisiana ocupaba el puesto 49 —de 50 estados— en bienestar infantil. Y es un problema que trasciende la raza: una persona de raza negra vive en Maryland cuatro años más de media, gana el doble de dinero y tiene el doble de posibilidades de obtener una licenciatura que un negro de Luisiana. Y los blancos de Luisiana están en peor situación^[17] que los blancos de Maryland o de cualquier otra parte, fuera de la región del Misisipi. Luisiana ha sufrido, además, muchos problemas medioambientales: tiene casi 650 kilómetros de costa baja y plana que se están hundiendo, y pierde una extensión de humedal del tamaño de un campo de fútbol a la hora. Está constantemente bajo la amenaza de los huracanes y del aumento del nivel del mar, fenómenos que los principales científicos de todo el mundo vinculan al cambio climático.

Con tantos factores a los que hay que hacer frente cabría esperar que la gente diera la bienvenida a cualquier ayuda federal. En realidad, buena parte de los presupuestos anuales de los estados republicanos —en el caso de Luisiana, el 44 %— procede de fondos federales; el Gobierno federal aporta 2.400 dólares anuales por habitante.^[18]

Pero Mike Schaff no acoge con tanta alegría ese dinero federal; duda, además, que el cambio climático sea algo

científicamente probado: «Ya me preocuparé por el calentamiento global dentro de cincuenta años», dice. A Mike le encanta su estado y la vida al aire libre. Pero en lugar de volver la vista al Gobierno, la vuelve hacia el mercado libre, como otros miembros del Tea Party. La madre de Mike votó al candidato demócrata por Luisiana, Ed Edwards, porque era cajún y a Jack Kennedy porque era católico. El término «demócrata» no era tan malo entonces, pero ahora sí lo es. Mike había trabajado durante mucho tiempo en una empresa pequeña y defiende el libre mercado para empresas de cualquier tamaño: de esto parece desprenderse otra paradoja. Muchos defensores del Tea Party poseen pequeñas empresas o trabajan en ellas. Pero los políticos a los que apoyan avalan leyes que consolidan el poder de los monopolios, que está en manos de las empresas más grandes y que están dispuestas a devorar a las pequeñas. ¿Pequeños agricultores que votan a Monsanto? ¿El propietario de la tienda de la esquina que vota por Walmart? ¿El librero del pueblo votando a Amazon? Si yo fuera un pequeño empresario, me alegraría de que bajaran los impuestos de sociedades, claro, pero no a costa de fortalecer a los grandes monopolios que me pueden echar de la escena empresarial. No, yo no lograba entenderlo.

En torno a este rompecabezas tiene lugar otro aún mayor: ¿cómo puede un sistema provocar el sufrimiento y esquivar la culpa que le corresponde por ello? En 2008 los inversores de Wall Street, unos insensatos con menos normas, por desgracia, de las necesarias, llevaron a muchos a perder sus ahorros, sus hogares, sus puestos de

trabajo y sus esperanzas. Pero años después, bajo la bandera del mercado libre, muchos ciudadanos afines al movimiento, cada vez más numeroso, de la derecha de pueblo defienden a Wall Street frente al afán regulador del Gobierno. ¿Qué está pasando?

Pensé que la mejor manera de averiguarlo era revirtiendo el reparto original: saliendo de mi barrio en un estado demócrata para adentrarme en otro republicano e intentar escalar el muro de empatía.^[19] Mis amigos y vecinos —los de mi lado del muro— son más o menos como yo. Su nivel de estudios es de licenciado universitario o superior, y leen a diario *The New York Times*. Consumen alimentos orgánicos, reciclan la basura y toman el BART (la red pública de ferrocarriles) siempre que pueden. La mayoría han crecido en una costa u otra. Algunos van a la iglesia y otros se consideran «espirituales», pero no van a la iglesia. Muchos tienen un puesto en el sector público o en organizaciones sin ánimo de lucro, y están tan sorprendidos como yo con todo esto. Cuando comencé, no tenía ningún amigo que hubiera nacido en el sur, solo uno que trabajara en el sector del petróleo y ninguno en el Tea Party.

En su ensayo «Who Turned My Blue State Red?»^[20] publicado en *The New York Times*, Alec MacGillis ofrece una explicación sorprendente para la gran paradoja. Asegura que los habitantes de los estados republicanos que necesitan el Medicaid y los vales de comida los utilizan, pero no votan, mientras que los que están un peldaño por encima en la escala de clases, blancos y conservadores, no los necesitan, y votan... en contra de que se destine dinero público a ayudar a los más pobres.

Esta tesis de los «dos grados más» nos da una parte de la respuesta que no es la mayor parte. Por un lado, descubrí que los pudientes que votan contra los servicios sociales del Gobierno los utilizan de todos modos. Prácticamente todos los defensores del Tea Party a los que entrevisté para escribir este libro se han beneficiado personalmente de algún servicio social importante o tienen familiares cercanos que lo han hecho. Algunos tienen padres ancianos e impedidos que carecen de seguro privado de atención médica prolongada, y los han declarado indigentes para poder disfrutar del Medicaid. Un hombre cuya esposa sufría una grave enfermedad incapacitante y cuyos cuidados le hubieran arruinado fue tan caritativo como para divorciarse y que ella pudiera optar al Medicaid. El hermano, sin minusvalías, de una mujer que no aprobaba el programa —ambos del Tea Party— se benefició del programa de ayudas alimentarias, snap. Otro se dio de alta como desempleado cuando llegó la temporada de caza. Casi todos me decían: «Si está ahí, ¿por qué no vamos a aprovecharlo?». Pero muchos se avergonzaron luego y me pidieron que dissociara su identidad de sus actos. Eso he hecho. La vergüenza, sin embargo, no impidió a estas personas, que no eran partidarias de los servicios sociales, aprovecharse de ellos.

MacGillis sugiere que los votantes actúan movidos por su propio interés. Pero ¿de verdad lo hacen? La tesis de los «dos grados más» no explica por qué los votantes de los estados republicanos que no eran multimillonarios se oponían a que se subieran los impuestos a los multimillonarios, un dinero que habría permitido ampliar

una biblioteca pública o poner columpios en un parque municipal. Pensé que la mejor manera de poner a prueba la teoría de MacGillis era elegir un problema que sí tuvieran los votantes adinerados de los estados republicanos pobres y ver si tampoco quieren ayudas sociales para eso en concreto. En otras palabras: el votante que está dos peldaños por encima puede decir: «Vamos a recortar en ayudas sociales para los pobres porque yo no soy pobre». O bien: «Nada de mejorar las escuelas públicas, que mi hijo va a una privada». Aunque lo cierto es que ninguna de las personas con las que hablé dijo tal cosa, se enfrentan a otros problemas con los que el sistema público puede ayudarles, lo que me lleva a la razón de ser de este libro: la contaminación ambiental. Si examinamos este tema de cerca, pensé, tal vez podríamos desenmascarar la perspectiva, siempre más amplia, que ha llevado a esta gente a reaccionar así. Y muchas más cosas.

Para empezar, yo quería llegar al corazón geográfico de la derecha: el sur. El reciente aumento de la influencia de la derecha ha tenido lugar, mayoritariamente, bajo la línea Mason-Dixon: se trata de un área que abarca los estados originales de la Confederación y donde vive un tercio de la población estadounidense. En las últimas dos décadas la población del sur ha aumentado el 14 %. Entre 1952 y 2000 se ha detectado un incremento del 20 % de votantes republicanos entre blancos con nivel de estudios secundarios; entre los blancos con nivel de estudios universitarios el incremento fue todavía mayor.^[21] En todo el país los blancos se han desplazado, ideológicamente, hacia la derecha: entre 1972 y 2014 pasaron de ser el 41 %

de los demócratas a solo el 24 %, mientras que los republicanos blancos han aumentado del 24 % al 27 %. Los blancos independientes también aumentaron en este tiempo, aunque la mayoría de ellos tiende más a la derecha. De manera que, si quería entender a la derecha, tendría que ir a conocer el sur blanco.[22]

Pero ¿a qué parte del sur debía ir? En las elecciones de 2012 el 39 % de los votantes blancos de todo el país votó por Barack Obama. En el sur, el 29 %. En Luisiana, solo el 14 %: una proporción mucho menor que en todo el sur.[23] Según un sondeo realizado en 2011, la mitad de los habitantes de Luisiana apoyaban al Tea Party.[24] Próxima a Carolina del Sur, Luisiana también tenía la mayor proporción de representantes en los caucus del Tea Party en la Cámara de Representantes de Estados Unidos.[25]

Quiso la suerte que tuviera un contacto en Luisiana: Sally Cappel, suegra de un antiguo alumno mío de la universidad. Fue Sally quien me introdujo en el sur blanco y, a través de un amigo, en la derecha que habita en él. Sally, artista afincada en Lake Charles, era una demócrata progresista que en las primarias de 2016 votó por Bernie Sanders. Shirley Slack, una amiga suya muy querida, vivía en Opelousas (Luisiana). Era auxiliar de vuelo, viajaba por todo el mundo y era ferviente partidaria del Tea Party y de Donald Trump. Ambas mujeres se habían unido a una hermandad de mujeres (no a la misma) de la Universidad Estatal de Luisiana. Ambas se habían casado, habían tenido tres hijos, habían vivido en Lake Charles, a una distancia una de otra que se podía recorrer a pie, y cada una de ellas tenía las llaves de la casa de la otra y adoraba a los hijos de